

[Otras ediciones: en *Mosaicos Romanos. Actas de la I Mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos habida en Madrid en 1985. Manuel Fernández-Galiano in memoriam*, Madrid 1989, 113-130 (también en J.M.^a Blázquez, *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid 1992, 431-445; J.M.^a Blázquez, *Mosaicos romanos de España*, Madrid 1993, 447-457)]. Versión digital por cortesía de los autores, como parte de la *Obra Completa* del Prof. Blázquez corregida y editada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.
© Texto, M.^a Paz García-Gelabert – José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados en Castulo (Jaén)

M.^a Paz García-Gelabert – José María Blázquez Martínez

[-113→]

El nombre de Castulo, una de las ciudades principales de la Oretania de las fuentes, luego ocupada por cartagineses y romanos y más tarde por visigodos y árabes, es uno de las más citadas en los textos literarios clásicos (Appiano, Estrabón, S. Itálico, T. Livio, Plinio, Polibio, etc.). Ello fue debido, sin duda, a que representó para los sucesivos habitantes, hasta el siglo II d.C., principalmente —los pueblos visigodo y árabe se limitaron a posesionarse de un poblado en franca decadencia—, una fuente considerable de riqueza, por la prodigalidad en minerales de sus dominios exteriores.

Este factor se refleja indudablemente ya desde antiguo en la aún incipiente sociedad castulonense, dando lugar evolutivamente a un patrón social diferenciador, propio de sistemas sociales complejos, que a través de una sociedad de jefatura como probablemente existía ya en el siglo V a.C., pudo haber derivado si las condiciones adversas no lo hubiesen impedido a la formación de Estado.

Las investigaciones sobre Castulo, tanto basadas en el análisis de las fuentes clásicas, como en la ciencia arqueológica —uno de los más poderosos instrumentos con que cuenta el investigador de la protohistoria y aún de la historia antigua— han venido esclareciendo en las últimas décadas sus mecanismos de poblamiento, intercambios, redistribución, préstamos culturales y nivel técnicoeconómico y de civilización.

Mas estos grandes temas esbozados no son el objeto directo de esta comunicación. La misma se refiere a uno a primera vista poco complejo, aunque en realidad tiende a dirimir y aporta luz, en alguna manera, a la problemática en torno a la incidencia que tuvo en el elemento autóctono la cultura de los pueblos semitas que arribaron a la Península: Analizamos los suelos de cantos rodados, suelos que **[-113→114-]** abundan en diversas zonas y facies de Castulo y su entorno. De manera que no sólo se encuentran en conjuntos habitacionales, sino también en unidades funcionales circundantes, esto es en necrópolis y monumentos funerarios. El conjunto de mosaicos de cantos rodados de Castulo hacen del área una de las más importantes de la Península en cuanto a concentración de los mismos se refiere. Ello conlleva que se siga perfectamente su evolución interna, relaciones con culturas foráneas y los cambios de fun-

cionalidad, ésta en virtud probablemente de una determinada mentalidad dominante. En averiguar el porqué de la variabilidad funcional estamos ahora.

La perfecta datación de los mosaicos nos proporciona una secuencia prolongada en su fabricación: desde principios del siglo VII a.C. hasta quizás mediados del siglo IV a.C., datación la última provisional hasta que no se concluya el proceso de datos para su fijación definitiva. Entre ambas fechas existe un *hiatus*, el siglo V a.C., que creemos se obviaría excavando en la zona amesetada o faldas de los cerros sobre los que se asienta la ciudad romana, hasta hallar los restos oretanos ¹. Al respecto hay un plan de excavaciones para los próximos años.

Aunque el énfasis de este estudio se refiere a los pavimentos de cantos rodados, como no es factible tratarlos aisladamente, los integramos en sus correspondientes estructuras, a su vez asociadas a determinadas fases culturales.

Los pavimentos de guijarros —de organización desigual— más arcaicos que conocemos son los del «Cerro de la Encina» (Monachil, Granada), en un contexto datado entre el 1000 y el 700 a.C. y «Colina de los Quemados» (Córdoba), en niveles anteriores al impacto colonizador fenicio ². En ambos casos no dejan de ser más que una capa de cantos rodados «echados» más que colocados. [-114→115-]

Para hallar verdaderos pavimentos de cantos rodados que no sean los de Castulo, tenemos que referirnos al monumento funerario de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), cuyo suelo exterior se rodeó de «un mosaico, más bien un fino empedrado», hecho con guijarros de cuarcita de hasta 5 cm de lado, aproximadamente cuadrado, pero con los ángulos incurvados hacia fuera, en forma de piel de animal, que recuerdan los de algunas joyas del tesoro del Carambolo. La cronología apuntada por su excavador es del 500 a.C. ³.

Más tarde aún, en la necrópolis de Castellones de Ceal (Jaén), en relación también con monumento funerario, se conoce un pavimento que apareció en las inmediaciones de una cámara intacta, medía 2,60 m por 2,16 m en la parte visible, y los guija-

¹ Oretania y principalmente sus ciudades más importantes fueron sometidas a numerosas vicisitudes, primero por las tropas cartaginesas. En la 2.^a Guerra Púnica Castulo es escenario de la lucha entre los ejércitos romano y púnico (214 a.C.). Sus lealtades oscilan entre ambos bandos, según los intereses que privan. Este movimiento pendular ha de incidir negativamente en sus estructuras materiales. Más tarde, aún cuando pactaron con los romanos ante la derrota cartaginesa, aconsejados por Cerdubelo (Liv. XXVIII, 19) (206 a.C.) la ciudad no estaría exenta de destrozos. La temprana romanización de los habitantes de Castulo debió ser decisiva para la desaparición de los modos de vida tradicionales, que supondría un grave deterioro de las viviendas antiguas, adaptadas, por tanto, a la arquitectura del vencedor. Por estos eventos la ciudad oretana, rica y floreciente, se vio abocada a un proceso lento e inexorable de deterioro, y sus solares ocupados por construcciones romanas o romanizadas. No obstante creemos que en algún lugar, quizá en los arrabales ha de hallarse noticia arqueológica de la primitiva ciudad.

² A. Arribas et al.: «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina» (Monachil, Granada). El Corte Estratigráfico núm. 3, *Excavaciones Arqueológicas en España*. 81, 1974, pp. 39-40, láminas V a VIII; J. M. Luzón - D. Ruiz Mata: *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba, 1973, p. 16.

³ M. Almagro-Gorbea: «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria* 35, 1978, pp. 255-256, fig. 254; idem: «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum* 13, 1978, p. 232.

ros aparecían asentados en una capa de barro de 15 cm de espesor. Debajo se advirtió la existencia de otro suelo de las mismas características ⁴.

El pavimento de Alhonor (Sevilla), situado en un ambiente plenamente ibérico, creemos que no tiene relación alguna con los que venimos mencionando, pues no se trata siquiera de un suelo de gujarros, sino de un piso de piedras calizas machacadas, colocadas de canto, que según su excavador se halló en una estancia cuya función debía ser la de cuadra para el ganado ⁵.

Por último, en el Acebuchal de Carmona (Sevilla), hay un edificio «prerromano» compuesto de varias estancias, con muros construidos de piedra menuda y arcilla, en torno a un patio empedrado de gujarros, del que G. Bonsor no da más noticia ⁶.

El conjunto de pavimentos más arcaico de Castulo, que por lo que en páginas subsiguientes expondremos, no creemos tenga relación alguna con los enumerados arriba, se descubrieron en el poblado de «la Muela», el cual probablemente se extendería por toda la zona Sureste del cerro del mismo nombre. Ya en la fase II (s. vil a.C.) se documenta un pavimento de cantos rodados, sin definición de dibujo. En la fase in (s. vi a.C.) un mosaico compuesto de semejante material cubre un gran patio exterior y restos de él se observan [-115→116-] asimismo en el umbral de acceso. Esta vez ya presenta un diseño de ajedrezado, triángulos y «postas» ⁷.

En la necrópolis de «el Estacar de Robarinas» ⁸ en sus dos fases, que cubren una etapa desde fines del siglo V a.C. hasta mediados del IV a.C. (ésta última aún en estudio), existen cenefas o grecas, no ya pavimentos, construidos con idéntico sistema y materia prima que los de «la Muela». Lo mismo ocurre en el túmulo de «los Higueros» fechado por cerámica griega a fines del siglo V a.C. o principios del IV a.C. y en la necrópolis de «Baños de la Muela», ⁹ donde habría que revisar los materiales para comprobar si las cenefas están efectivamente asociadas a los enterramientos IV, V y

⁴ C. Fernández-Chicarro: «Prospecciones arqueológicas en los términos de Hinojares y La Guardia, Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses* 6, 1956, pp. 117-119.

⁵ A. López Palomo: «Alhonor. Excavaciones de 1973 a 1978», *Noticiero Arqueológico Hispánico*. 11, 1981, fig. 42.

⁶ G. Bonsor: *Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Bétis*. París, 1899, p. 95.

⁷ Los estudios relativos al poblado de la «Muela» y su santuario se hallan en: J. M. Blázquez - J. Valiente: «Prospección de un poblado del Bronce Final en Castulo», *XV Congreso Arqueológico Nacional*, 1977; idem: «Materiales procedentes de un poblado del Bronce Final en Castulo», *Zephyrus* 28-29, 1977; idem: «Un santuario preibérico en La Muela de Castulo», *Coloquio sobre colonizaciones semíticas*, Roma, 1979; idem: *Castulo III, Excavaciones Arqueológicas en España* 117, 1981; idem: «Asimilación de estímulos coloniales en la cerámica del poblado de La Muela de Castulo», *Huelva Arqueológica* VI, 1982; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert: «Castulo, ciudad oretano-romana», *Revista de Arqueología* 31, 1983; idem: «Nueva campaña de excavación en La Muela, Castulo (Linares)», *XVI C. N. A.*, 1983; idem: «Castulo (Jaén): ensayo de análisis ambiental», *Homenaje al Prof. Beltrán* 1986; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo: «Evolución del patrón de asentamiento en Castulo. Fases iniciales», *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos*, Teruel, 1984; idem: *Castulo V, Excavaciones Arqueológicas en España* 140, 1985.

⁸ J. M. Blázquez - J. Remesal: «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en J. M. Blázquez: *Castulo II. Excavaciones Arqueológicas en España* 105, 1979. Se incluyen las campañas de excavación de 1973 y 1976. Para las campañas de 1982 y 1983 véase M. P. García-Gelabert, *La necrópolis del Estacar de Robarinas: ritos y creencias*, Madrid, 1987.

⁹ J. R. Sánchez Meseguer: «Los Higueros» en J. M. Blázquez: *Castulo II, op. cit.* La necrópolis de «Baños de la Muela» se estudió en J. M. Blázquez: *Castulo I. Acta Arqueológica Hispánica* 8, 1975.

VII, datados por igual sistema que «los Higueros», en similar momento o, en su caso, a las cabañas que pertenecen probablemente a los horizontes más tempranos de «la Muela», sobre las que, una vez colmatadas, se depositaron los restos funerarios a los cuales rodeó una estructura de piedra.

En la fase I de «la Muela», a fines del siglo VIII a.C., los habitantes del poblado construyen cabañas de considerables dimensiones, rectangulares o cuadradas, a base de un zócalo de gruesos cantos de río y el resto de adobe y cañizo. De la cubrición no se conserva vestigio material alguno.

Los medios de subsistencia de la población pueden sugerirse en virtud de las potencialidades del medio ambiente, rico en cursos de agua y abundante en herbazales. Los restos animales informan de una ganadería floreciente, probablemente el tipo de economía que [-116→117-] en ese momento domina. Aunque el nivel tecnológico de estas gentes era bajo, con un instrumental tosco y un menaje cerámico reducido, los residuos de galena y escoria de fundición descubiertos indican una incipiente actividad metalúrgica.

En este horizonte pastoril, con interferencias de prospectores, la cerámica modelada a mano predomina casi absolutamente sobre la fabricada a torno (97,37% y 100%). Por lo que se refiere a la torneada es, casi con seguridad absoluta, importada a través del comercio con establecimientos de influencia fenicia, que servirían de intermediarios entre las factorías de la costa mediterránea y los poblados del interior. En esta fase no parece probable en «la Muela» la presencia física de fenicios.

A la vista de los materiales y modos de vida se plantea la disyuntiva de considerar a los moradores de «la Muela» como aculturados por las corrientes orientales, en verdad en este momento ligeramente aculturados, o como colonos prospectores de metales.

El panorama previo al primer impacto del Bronce III en la Alta Andalucía presenta un vacío de ocupación tan claro que nos incita a pensar en una colonización.

En efecto, el elemento humano que porta la cultura del Bronce Final, se encuentra con un vacío considerable, asentándose, unas veces sobre los inmejorables emplazamientos ya utilizados en la cultura del Argar, y otras sobre terrenos vírgenes, como parece ser el caso de «la Muela».

En esta línea se podría hablar de gentes nuevas en «La Muela» a partir de fines del siglo VIII a.C., de colonizaciones llevadas a cabo por individuos llegados a Huelva y bajo Guadalquivir procedentes del Egeo, como ha documentado J. Alvar¹⁰, sin desestimar por ello la supervivencia de tradiciones anteriores.

Castulo, por tanto, ya entraría desde este temprano momento y con gran fuerza, en el nuevo engranaje económico configurado por estos habitantes del Sur peninsular, como respuesta a la demanda de metales encauzada por los comerciantes fenicios. La explotación y drenaje de los recursos metalúrgicos estaría en manos de tales gentes, al menos en esta primera fase habitacional.

A continuación de la fase I se detecta en el yacimiento una corta etapa de abandono, detrás de la que se anuncia un horizonte plenamente influenciado por la estética orientalizante en la fase II. El [-117→118-] comercio semita se canaliza rotundamente

¹⁰ J. Alvar: *La navegación prerromana en la Península Ibérica. Colonizadores e indígenas*. Madrid, 1980, pp. 312-313.

hacia las fuentes de extracción del mineral, originándose un intenso intercambio de productos que conlleva un fuerte préstamo cultural. Es sin duda en este momento cuando los comerciantes fenicios comienzan a introducirse físicamente en el centro minero de Castulo.

De un patrón disperso se pasa a un patrón concentrado, a una etapa de desarrollo organizativo de las estructuras socioeconómicas, resultando de ello un rotundo cambio funcional del espacio tratado (no ha sido posible por condicionantes físicos prospectar una extensa área de terreno, por lo que los datos son provisionales, susceptibles de revisión en el momento en que puedan llevarse a efecto análisis sobre mayores superficies), puesto que al hábitat de cabañas y taller de fundición se superpone una estructura sacra, de la que se conservan una serie de muros y estancias que componen un patio, una «fosa de consagración», entre otras. En la «fosa» se descubrieron vasijas fragmentadas y piezas de un claro contenido simbólico, cenizas, producto de quema de ofrendas y huesos¹¹ De este incipiente santuario sus excavadores observaron los paralelos más próximos en los cretenses y chipriotas, lo cual es un dato más a aportar en la pervivencia de las tradiciones que pudieron proporcionar aquellos colonos fenicios que desde el Sudeste acuden a «la Muela» en la fase I. En esta segunda secuencia ya encontramos un suelo de cantos rodados, en el sector H del yacimiento, hacia la zona Oeste. Se trata del más antiguo pavimento, encontrado en «la Muela», de probable factura fenicia. El mosaico no tiene definición de dibujo, pero por la cuidadosa selección de la materia prima, pequeños guijarros redondeados y alargados, blanquecinos aquéllos, negros éstos, y su esmerada colocación, dispuestos en círculos que se cortan entre sí, sobre una cama de arcilla apisonada, demuestra que su constructor fue un experto artesano impuesto en la materia. Cubre el pavimento una superficie de aproximadamente 4 m², aunque la misma debió ser mayor, ya que hacia los lados Norte y Este se destruyó (fig. 1,1).

Los vasos cerámicos en este momento continúan siendo en mayor porcentaje fabricados a mano (88,15% y 95,08%), pero hay determinados factores relacionados con los mismos: por un lado la factura es menos cuidada, parece que una mayor adopción de las torneadas, importadas en su totalidad, actúa en detrimento de su calidad, [-118→119-] de tal forma que es fácilmente observable cómo las pastas son menos decantadas, la cocción más deficiente y las superficies van perdiendo el fino y apurado espatulado que caracterizaba a las del primer momento.

Los alfares de Castulo, productores de esta cerámica, se ven primero tímidamente, más tarde de forma arrolladora, influenciados por la estética oriental, que acaban asimilando abiertamente, adoptando tanto las formas de los vasos fenicios que llegan a la zona como los diseños que se corresponden con tipos decorativos de los marfiles semitas y con los de la orfebrería tartésica, impulsada por las colonizaciones.

La fase Muela III se caracteriza por una mayor presencia de cerámica a torno (58,88%) que aún sigue siendo en gran medida de importación, dato deducido por las posibilidades de paralelismo que ofrece con el mundo fenicio-paleopúnico. Por lo que concierne a la cerámica modelada a mano, hay una recuperación de la técnica depurada, esto se explica por la funcionalidad sacra-ritual del lugar en que se descubrió. Esta secuencia se data en la primera mitad del siglo VI a.C. y se prolonga hasta un

¹¹ Estas estructuras han sido extensamente estudiadas en J. M. Blázquez - J. Valiente: *op. cit.*, 1981.

momento avanzado, pero no determinado con precisión del mismo siglo, dada la amplitud cronológica asignada a la mayoría de las formas tratadas.

La incipiente presencia fenicia en el centro y el desarrollo de su actividad, características de la fase II, se ven acentuadas en este momento, haciéndose más difusa, ya en este siglo VI a.C., la línea que separa lo indígena de lo colonial fenicio, por la fusión y asimilación de principios económicos, culturales y estilísticos.

El espacio físico sufre una intensa transformación, sin cambio de funcionalidad, puesto que se erige, sobre los cimientos del anterior, un nuevo santuario de mayores proporciones (650 m²)¹², con una disposición más organizada. Constaba de un área abierta pavimentada de grandes losas irregulares, entre las que se intercalan pequeñas piedras para rellenar los huecos dejados ente losa y losa. Este espacio enlosado se halla delimitado al Este por un muro que lo separa del patio interior, también abierto, al que se accede por una puerta, cuyo umbral conserva restos de un mosaico de cantos rodados, ya formando diseño: se trata de una estrecha franja que presenta una decoración de triángulos dibujados con guijarrillos alargados de color negro, rellenos sus interespacios por guijarros blancos, redondeados, que a su vez forman también triángulos (fig. 1,2). Este resto de mosaico puede relacionarse con el gran mosaico que cubría [-119→120-] la parte delantera del patio, ya que entre ambos aparecieron cantos de color blanco y negro, dispersos, que pueden ser los testigos de un mismo mosaico.

El patio interior a que aludimos arriba, se cubrió, efectivamente, en su última fase constructiva, con un magnífico mosaico de cantos rodados, que en la parte conservada cubre una superficie de 5 por 2,5 m, aunque originariamente la extensión total sería de aproximadamente 100 m². El diseño del mosaico se compone de cuadrados de 0,42 a 0,44 m de lado, alternando los formados por guijarros redondos muy regulares, de color blanco, con los formados por guijarros de color negro, alargados generalmente, colocados por la cara lateral, en estos cuadros negros la regularidad de los guijarros no es tan notoria (fig. 2). Limita el conjunto ajedrezado una orla de triángulos en la misma alternancia tonal, que en fecha posterior fue rehecho a base de ondas o «postas», de factura más tosca y descuidada. La cama del mosaico está constituida, como el de la fase anterior, por una arcilla bastante pura apisonada.

Desde el patio se accede a una habitación alargada, asentada sobre la antigua «fosa de consagración». Adosada a ella, en la parte Norte, hay una pequeña estancia de 2 por 2 m. que carece de entrada. En ella, coincidiendo con la base de los muros, había restos de un pavimento de cantos rodados muy regulares, de color blanco y negro, mas por lo limitado de la muestra no cabe deducir el diseño. En el lado Este de ambas estancias hay un amplio espacio abierto, cubierto de grandes losas irregulares, a la manera del anteriormente descrito de la zona Oeste, limitado por un muro de piedra mediana, a hueso.

Hasta aquí la exposición de los mosaicos de cantos rodados del santuario de «la Muela». Por lo que se refiere a sus posibles paralelos con los restantes descubiertos en la Península, no ponemos en duda que en la misma se desarrollara una temprana técnica autóctona de elaboración de suelos en los que intervienen, como materia prima, los pequeños cantos rodados —técnica, por otra parte, intuitiva—, con independencia de los focos de Oriente, y como indican los investigadores del tema «...a lo

¹² J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo: *op. cit.*, 1985.

que nada se opone el hecho de que posteriormente, y habida cuenta del desarrollo y la profunda reorganización que experimenta el mundo indígena con la presencia de elementos orientales en este extremo del Mediterráneo, la tradición indígena de los pavimentos de guijarros, recogiera aportes de orden técnico y aún de orden estilístico...»¹³. Ahora bien, la idea [-120→121-] compositiva de los mosaicos de «la Muela», incluyendo el pequeño mosaico de la fase II, los diseños, la experta fabricación y la colocación en estancias asociadas a estructuras sacras, notas todas ellas vistas en Oriente, nos inducen a pensar que los pavimentos de «la Muela» fueron concebidos o al menos dirigidos e inspirados por fenicios, casi con seguridad presentes en aquellos momentos en Castulo. El pensar en una evolución autóctona aquí, a partir de los pavimentos de guijarros del Bronce Final, se nos hace cada vez más difícil.

Abundando en la presencia física de los fenicios en «la Muela», hemos de incidir en el carácter oriental del edificio que alberga los mosaicos¹⁴. Efectivamente, desde el primer milenio a.C. en el Próximo Oriente y Mediterráneo Oriental, los diferentes elementos y estructuras que caracterizan el santuario de «la Muela», los vemos especialmente en Fenicia y Chipre. De los santuarios fenicios tenemos noticia por las fuentes literarias y numismáticas, mas los chipriotas son bien conocidos por los descubrimientos arqueológicos, y es notable la similitud existente entre ellos (véase los de Kition, Ayia Irini, Meniko-Litharkes, entre otros) y el nuestro, analogía debida con probabilidad a la presencia, tanto allí como aquí de los colonos fenicios en busca de metal.

Siguiendo a H. Stern, rastreamos el origen de los mosaicos de cantos rodados de «la Muela» en Oriente¹⁵.

La mayor semejanza con el mosaico ajedrezado del santuario de «la Muela» lo detectamos en las memorias de excavación de los palacios de Tü-Barsib y Arslan-Tash, en el Norte de Siria, fechados en la primera mitad del siglo VIII a.C.¹⁶.

El mosaico de Arslan-Tash presenta, como el de «la Muela», fase III, un diseño de ajedrezado y se encuentra en el patio del «Edificio de los Marfiles», así denominado por hallarse en él varias piezas de tal material, fenicias y asirias.

En Til-Barsib los mosaicos se localizan en un corredor y un patio. [-121→122-] El corredor tiene 42 m de largo y comunica el patio A, con el patio del mosaico de cantos rodados. En ambos espacios el mosaico forma cuadros de 0,35 m de lado, alternando los de color negro con un círculo blanco en el centro, con los de color blanco con un círculo central negro. Parece que hicieron el mosaico colocando primero las líneas de delimitación de los cuadros y círculos y rellenando después el interior de forma más descuidada.

No parece arriesgado indicar que estos patios y corredores de Arslan-Tash y Til-Barsib hayan sido pavimentados con este sistema para darles una cierta prestancia —

¹³ D. Fernández-Galiano - J. Valiente; «Origen de los pavimentos hispanos de guijarros», *Homenaje a Martín Almagro Basch*, 1984, p. 22. Ver también D. Fernández-Galiano: «New light on the origins of floor mosaics», *The Antiquaries Journal* 62, 1982, pp. 235-238; idem: «Influencias orientales en la musivaria hispánica», *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico*, 1984, pp. 411-430.

¹⁴ Una completa relación de paralelismos con los santuarios orientales, así como la función del santuario de «La Muela» y su problemática se desarrolla en J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo: *op. cit.*, 1985.

¹⁵ H. Stern: *Introduction au colloque: Le mosaïque greco-romaine II*, París, 1975, pp. 23-30.

¹⁶ F. Thureau-Dangin: *Arslan Tash*, París, 1931. F. Thureau-Dangin - m. Dunnad: *Til-Barsib*, París, 1936.

en Til-Barsib el resto de los patios -3-, están pavimentados de ladrillos cocido —, no sabemos claramente si de carácter suntuario o sacro. Ello es el caso que en Gordion, Anatolia, en la segunda mitad del siglo VIII a.C. los pavimentos de cantos rodados, con definición de dibujo, similares estilísticamente a los de los dos palacios asirios, y al del santuario español, se han encontrado en la zona de los *megara* ¹⁷.

En ello abunda el emplazamiento de los mosaicos de cantos rodados en la Grecia arcaica, los cuales aparecen solamente en santuarios como el del área sagrada del santuario de Artemis Orthia (700 a.C.), el del templo de Poseidón en Isthmia (siglo VII a.C.), el de la plaza del altar del templo de Kalapodi, de la misma época, el de la *cella* del Heraion de Delos y el del templo de Apolo en Delfos, ambos de principios del siglo VII a.C. ¹⁸.

La posibilidad de que los fenicios pudieran haber elaborado o al menos conocido los pavimentos de Arslan-Tas y Til-Barsib nos la sugiere su evidente inserción en el mundo asirio en el plano comercial y artesanal. Los marfiles fenicios y asirios hallados en Arslan-Tash apuntan hacia ello. Asimismo, hay noticia de que Salmanasar III hizo traer trabajadores fenicios, carpinteros, albañiles y talladores de marfil a su nueva capital de Kalhu (Nimrud) ¹⁹.

Los acontecimientos que indujeron a que el santuario de «la Muela» fuese abandonado nos son desconocidos, aunque sí podemos afirmar que no intervino la violencia. Es posible que haya sido debido al deterioro de su funcionalidad, provocada por unas diferentes directrices del proceso económico. En algún momento de fines del siglo VI a.C. el santuario ya está abandonado, lo que provoca su ruina, de tal manera que la fase Muela IV proporciona un ambiente plenamente iberizado. Sobre los cimientos del edificio sacro se alza [-122→123-] una pequeña construcción cuya organización y dedicación desconocemos, porque llegó a nuestra época altamente dañada. Probablemente, en esta fase el sitio se abandona pacíficamente ante una posible inestabilidad y sus habitantes se instalan en la amurallada acrópolis o en las faldas de los cerros del entorno.

En el siglo V a.C., en la segunda mitad, la ciudad de Castulo ve aumentada considerablemente su tasa de crecimiento. Al centro minero confluían diversas corrientes culturales a través de las vías naturales, que contribuían a su enriquecimiento. Una remontaba el valle del Betis, otra llegaba desde las costas malagueñas, granadina y almenense a través de las vías de penetración hacia el interior, una tercera venía de la región del Sudeste, por Lorca, Vélez Blanco, Baza (Basti), Guadix (Acci) y La Guardia (Mentesa). Estas relaciones comerciales, cuyo principal aliciente era la plata, explican la abundancia y variedad de restos culturales que indican que el paraje debió estar ocupado en su núcleo central y alrededores con relativa intensidad y durante un período de tiempo prolongado.

Las necrópolis de «el Estacar de Robarinas», «los Patos», «Baños de la Muela», «Molino de Calдона» y el túmulo de «los Higueros», que circundan la ciudad, son mudos, pero elocuentes, valga la paradoja, testigos de este auge demográfico.

Ante todo, en la necrópolis de «el Estacar de Robarinas» la de mayor densidad de ocupación, y en el túmulo de «los Higueros» (fig. 3) vuelve a aparecer la técnica

¹⁷ D. Salzmann: *Untersuchungen zu den antiken kieselmosaiken*, Berlin, 1982, p. 6.

¹⁸ *Idem*, p. 6.

¹⁹ A. Parrot: *Asur*, Madrid, 1969, p. 144.

constructiva de los pavimentos de cantos rodados. También en la necrópolis de «Baños de la Muela», aunque en menor proporción y riqueza de motivos.

Mas esta vez, tras el largo *hiatus*, después del colapso del santuario de «la Muela», la funcionalidad es diferente. Los mosaicos que antaño realizaban y decoraban en la fase II una pequeña habitación, y en la fase III el gran patio abierto y probablemente la estancia cerrada del edificio, ahora se refieren a áreas sepulcrales. En ellas no se puede hablar de verdaderos pavimentos «para pisar», sino más bien de un sistema para delimitar un espacio sacro mortuorio. Como indican los datos recuperados en las necrópolis, a los muertos les era rendido un tributo póstumo, con sacrificio de animales domésticos, cabra, oveja, perro e incluso el caballo que sirvió en vida al difunto; quema de ofrendas vegetales; colocación junto al resultado de la incineración del cadáver de las armas de su propiedad, si era guerrero, vasos griegos, objetos suntuarios, etc., conforme al status social poseído en vida. Esta serie de ritos posiblemente aludían a una vida de ultratumba. Es por ello que quizá se considerara el lugar ocupado por los restos como sagrado y, por tanto, [-123→124-] siguiendo en la misma línea que en Siria, Anatolia, Grecia arcaica y la Muela, lugar que adopta los motivos y funcionalidad de aquellos países, se circundará el mismo con una a veces bella cenefa de pequeños guijarrillos.

Las cenefas que rodean los recintos funerarios tienen en común con los mosaicos de «la Muela» su técnica de fabricación, y la semejante selección de la materia prima (cantos de tono blanquecino, redondeados, muy regulares, y de color negro, alargados). Asimismo la cimentación se efectúa sobre una cama de arcilla apisonada. En el túmulo de «los Higueros», al monumento de planta rectangular rodea una cenefa de cantos rodados que forma una greca continua de meandros a base de guijarrillos negros sobre fondo de guijarrillos blancos²⁰.

Las bandas o cenefas de «el Estacar de Robarinas» se prodigan abundantemente, aunque no en todas las tumbas, lo que hace inferir que constituya un símbolo de status, que puede obedecer a un patrón diferenciador.

En la publicación de la excavación de las campañas de 1973 y 1976, se muestran dibujos a base de ajedrezados, roleos, rombos, meandros, esvásticas, que según sus excavadores recuerdan las grecas de los vasos griegos, muy abundantes en la necrópolis²¹.

En 1982 y 1983 se continuó excavando la necrópolis. En once tumbas (nueve del momento I y dos del momento II) se rodeó la estructura funeraria de una cenefa de cantos rodados. La estructura aludida se compone de sillares de arenisca amarilla, a veces bien tallados, que alternan con piedra menuda. A ella rodea una cenefa formando un cuadrado con esquinas redondeadas. Este tipo de enterramiento suele llevar asociado otra cenefa de las mismas características constructivas, formando un ángulo con el vértice adyacente a uno de los lados de la primera, probablemente tal espacio se destinaba a lugar de ofrendas. Tumbas y lugares de ofrendas, se hallan orientados conforme un eje E-W.

²⁰ J. R. Sánchez Meseguer: *op. cit.*, 1975, pp. 418 y ss.

²¹ J. M. Blázquez - J. Remesal: *op. cit.*, pp. 349 y ss., láms. XLI-XLVII, planos 14-16-18-20. Ver también; idem: «Hallazgos en la necrópolis oretana de Castulo» XIII Congreso Arqueológico Nacional (Huelva 1973), Zaragoza 1979, pp. 639-658.

La estructura de piedra y la cenefa adjunta a la misma se construyeron después que se hubieran depositado, en un pequeño hoyo excavado previamente, los restos de la incineración.

Los diseños de las cenefas no suelen ser muy variados. En uno de ellas-, el de la cenefa que rodea la tumba más rica hallada en [-124→125-] estas últimas campañas, hay una sucesión continua de triángulos, alternando los compuestos por cantos de color blanco con los compuestos por cantos de color negro. Del vértice de los ángulos, hacia el exterior, surgen dos volutas, constituidas por dos bandas blancas y la central negra, presumiblemente este elemento decorativo se repetiría en los cuatro ángulos del cuadrado, pero sólo se conservan dos lienzos.

En ocasiones las esquinas se resuelven insertando los cantos en disposición espiral. Cuando no hay definición de dibujo suelen colocarse cantos por la cara lateral en sucesión continua, o cortados a trechos por otros, también presentando la cara lateral, pero de mayores dimensiones.

Unas cenefas presentan mejor factura que otras, lo que puede estar indicando diferentes talleres o artesanos de diferente habilidad. Evidentemente para la profusión de cenefas que se encuentra en Robarinas había de existir una serie de talleres especializados en la confección de las mismas, desde luego a tiempo parcial (fig. 4).

En las del momento II, que carecen de diseño, la cuidadosa selección de guijarros y la perfecta colocación, superior a la del anterior momento, suple a los motivos decorativos por la calidad compositiva conseguida.

Posteriores excavaciones, ya programadas, es factible que proporcionen una ampliación de la secuencia en Castulo de este género de mosaicos, de tanta raigambre en la zona.

Madrid, abril de 1985.



Fig. 1.1.- Mosaico de cantos rodados. Fase II de La Muela, Castulo.



Fig. 1.2.- Pequeña franja de cantos rodados que cubría el umbral de acceso al patio, fase III de La Muela, Castulo. En primer término el mosaico de la fase II.

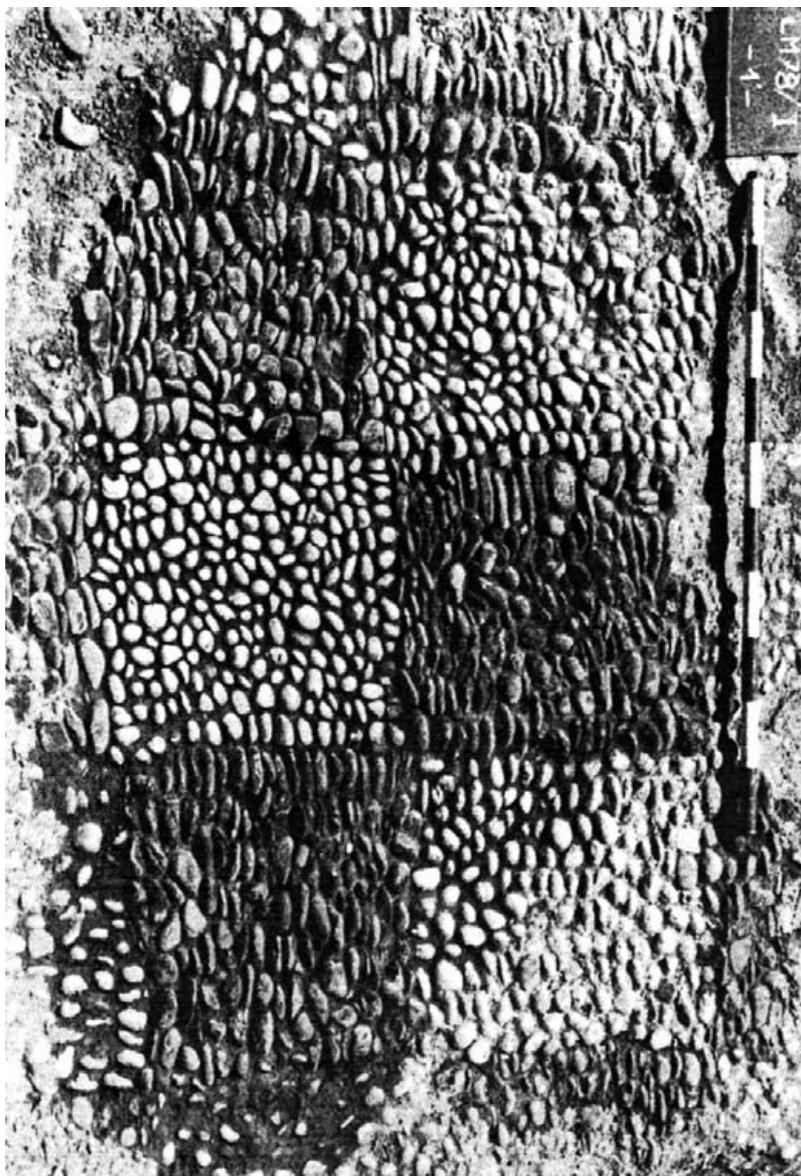


Fig. 2.- Mosaico de cantos rodados del patio, fase III de La Muela, Castulo (Foto J. Valiente).

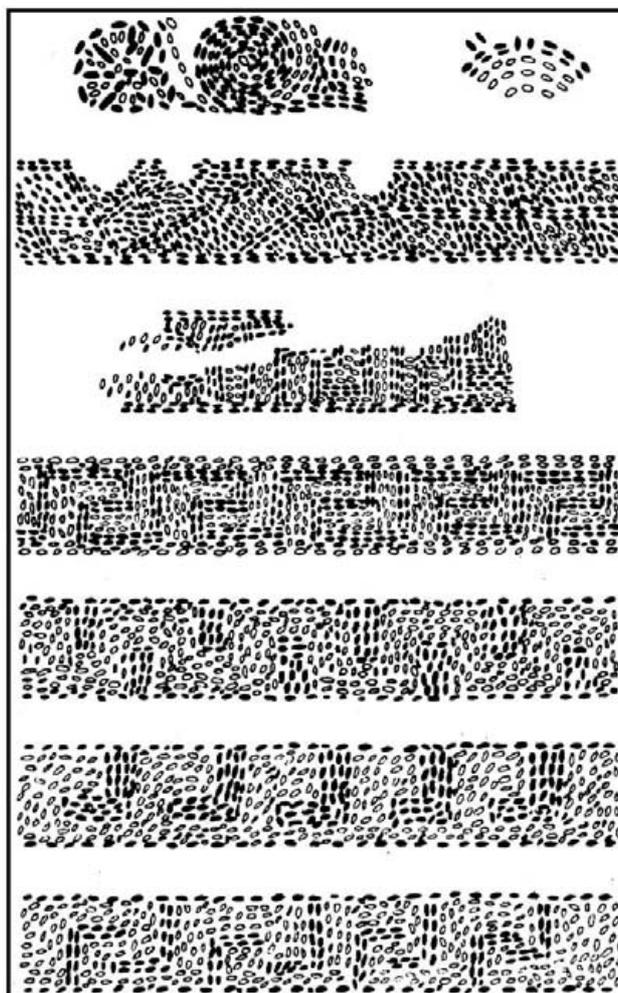


Fig. 3.1.- Detalle de los diseños de las cenefas de la necrópolis de «El Estacar de Robarinas» (según J.M. Blázquez y J. Remesal).



Fig. 3.2.- Detalle del diseño de la cenefa que rodea la estructura tumular de «Los Higueros» (según J.R. Sánchez Meseguer).



Fig. 4.1.- Cenefa rodeando una estructura funeraria en la necrópolis de «El Estacar de Romarinas». Fase arcaica.



Fig. 4.2.- Detalle de la colocación de los cantos redondos en una cenefa de la fase moderna de la necrópolis de «El Estacar de Robarinas».